

ABISINIA. — RINCÓN DEL DESIERTO. — Reproducción de una fotografía del P. Comini, de Asmara (Erithrea), enviada por el reverendo P. Baeteman. (Pág. 184)

CARTAS DE MISIONEROS

CAIRO

A propósito de la nueva iglesia de San José

Los suscriptores de *Las Misiones Católicas* que leen con frecuencia conmovedoras súplicas de misioneros que, por falta de recursos, no pueden construir la iglesia necesaria para el desarrollo de sus obras, se enterarán con alegría de las hermosas y vastas iglesias que en Egipto se construyen con recursos que regala la divina Providencia.

CARTA DEL RDO. P. JULLIEN, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

EGIPTO, como es sabido, padece hace tres años una crisis financiera, hija, según dicen, de su rápido desarrollo. El país, en efecto, aumenta en población, en riqueza y en cuanto compone el progreso moderno. La Iglesia católica no se queda á la zaga en este avance: aumenta sus obras.

Este progreso del Egipto moderno ha sido muy exagerado. Los más apasionados han creído ver, en no lejano porvenir, al Cairo con población de dos millones de almas y una de las más importantes capitales del mundo; la especulación, calculando el valor probable de los terrenos y de los inmuebles en este fantástico porvenir, compró á precios exorbitantes que no tienen proporción con la renta actual. Muchos preveían el peligro; pero la fiebre de lucro era tal, que, despreciándolo, compraban á precios cada vez más subidos.

Entretanto, el censo de 1907 vino á demostrar que el Cairo contaba sólo ochocientos mil habitantes, en lu-

gar del millón que como minimum le atribuían. La confianza decreció; cesó la afluencia de capitales extranjeros; muchos compradores no pudieron pagar los plazos que vencían. Han suspendido pagar ó se han declarado en quiebra numerosas sociedades que especulaban sobre los terrenos. Se inició la crisis y un malestar casi general que todavía dura.

La Iglesia católica, extraña á toda especulación, no sufre esta crisis; y si bien es verdad que la general miseria le suprimió parte de los recursos ordinarios, en cambio la divina Providencia compensó con creces esta disminución.

Los Franciscanos de Tierra Santa acaban de erigir en el Cairo, en el hermoso distrito de Ismahieh, una magnífica iglesia dedicada á San José. Los Misioneros Franciscanos de Lyon están construyendo actualmente una hermosa iglesia romana en el distrito de Cubrah. Cada una de estas dos iglesias cubre una superficie de unos dos mil metros cuadrados. Son grandísimas, pero no demasiado para futuras catedrales de las dos diócesis en que se divide la capital. Y no vaya nadie á creer que en estos edificios tan grandiosos el yeso dorado sustituye á la piedra y al mármol, ni que puedan compararse á los de que Mehemet-Ali é Ismail llenaron Egipto, mejores para lucir en una exposición que para un servicio duradero. Estas nuevas iglesias son monumentos que, como las viejas catedrales, están destinados á

31 DE AGOSTO DE 1909

presenciar incommovibles el peso de muchos siglos, lo cual no es poco decir tratándose de Egipto, país todo de aluviones, en que para sentar sólidos fundamentos hay que contentarse con un lecho de arena húmeda, que, anualmente, durante los tres meses de inundación, se filtra el agua y el terreno queda como una esponja.

Para la iglesia de San José abriéronse los cimientos hasta la arena, cubriéronse con una capa de mortero hidráulico, de metro y medio de espesor bajo las paredes de la iglesia y de tres y medio bajo las del campanario, y para mejor unir esta masa hundiéronse en ella vigas de hierro y trozos de rieles, cruzados y trabados horizontalmente, y sobre esta capa, como sobre roca viva, levantáronse las paredes y columnas del edificio. No se perdonó gasto alguno en la construcción, á fin de asegurar al conjunto estabilidad perfecta. Por eso en este vasto edificio, cuya nave se eleva á treinta metros sobre el nivel del suelo, y cuyo campanario, de cincuenta y dos metros de altura, se yergue sobre todas las construcciones del Cairo, nadie ha podido descubrir hasta el presente ni una grieta.

Esto fué una revelación: los arquitectos del país vieron que era posible construir en el Cairo casas de seis ó siete pisos, como se estilan en las grandes ciudades de Europa y América. Junto á la iglesia de San José se levanta ya una casa de siete pisos. Los propietarios ganarán quizás con ello, pero la ciudad perderá en encantos y hasta salubridad. Sin embargo, no reprocharemos por esta vulgar consecuencia al sabio arquitecto de la iglesia de San José.

La inauguración de esta iglesia, que tuvo lugar el 18 de Marzo último, en presencia de las Autoridades locales, de los representantes de las potencias católicas y de toda la alta sociedad cristiana del Cairo, demostró que nuestra santa fe aumenta en medio de este caos donde se agitan todas las religiones y todos los errores del mundo moderno.

El hermoso campanario se divisa desde todas las calles de los alrededores; sus formas elegantes y puras hacen resaltar los grandes muros exteriores de la iglesia y la soberbia cúpula octogonal. El vasto zaguán de mármol blanco que hay frente á la puerta principal, con sus anchas gradas, que descienden á la cripta y dan acceso á las puertas de las naves, es obra magnífica y digna de ser admirada; sus soberbias balaustradas sorprenden. Al entrar en el edificio se percibe una sensación de veneración y respeto; el alma se eleva á la vista de estas inmensas naves, de esta soberbia cúpula, alta de más de cincuenta metros. La riqueza de los cielos rasos policromados, la armonía de las pinturas y las soberbias columnas monolíticas de las naves, de granito rosa de Bavero, del Lago Mayor, llaman poderosamente la atención. Quizás haya quien encuentre este interior algo frío. El estilo florentino del edificio, y todos los estilos italianos en general, exigen frescos y adornos. Estos adornos les comunican calor y vida. Esperamos que á su tiempo vendrán á animar la iglesia de San José. Por ahora la majestad y la armonía bastan para cautivar nuestra admiración.

La mañana misma del día de la inauguración, el Ilmo. Sr. Aurelio Briante, Delegado apostólico de Egipto, bendijo la nueva iglesia y celebró por primera vez

en ella el santo sacrificio de la Misa. Al día siguiente, festividad de San José, todos los Superiores de las Comunidades latinas de la ciudad y el Prefecto apostólico del Delta egipcio celebraron sucesivamente en el altar mayor; luego el Ilmo. Sr. Giannini, Delegado apostólico de Siria, á quien se debe la iniciativa de la obra y quien empezó á construirla cuando era Custodio de Tierra Santa, celebró la Misa pontifical, con asistencia del Ilmo. Sr. Briante.

La fiesta se prolongó seis días consecutivos, durante los cuales los diferentes ritos católicos establecidos en el Cairo, esto es, los Armenios, los Greco-Melquitas, los Maronitas, los Caldeos, los Siriacos y los Coptos, vinieron, cada cual en su día, á cantar una Misa solemne en la nueva iglesia de San José.

Fué una hermosa manifestación de la unidad de fe y de gobierno de la Iglesia católica verdadera, un elo-cuente testimonio de la caridad católica, que une en un mismo rebaño y en un mismo amor á tantas naciones de distinta lengua, raza é intereses.

La mayoría de las naciones cristianas representadas por los feligreses de la iglesia de San José han contribuido á esta construcción. Hará unos treinta años que Francia obtuvo del Gobierno egipcio la cesión del terreno. A Italia se pidió el eminente arquitecto Aristide Leonori, los constructores y los principales obreros. De los Estados Unidos nos han venido importantes limosnas; en las colonias alemana y austriaca hemos encontrado insignes bienhechores; y, finalmente, la Custodia de Tierra Santa, sostenida con las limosnas del universo católico, ha contribuido espléndidamente á la obra. Cada uno de los doce altares laterales será pagado por una nación distinta.

Debajo de la iglesia y de parte del convento adyacente se ha construido una vasta cripta muy bien alumbrada, que servirá para las obras parroquiales y para las grandes reuniones católicas.

Muchas otras iglesias y capillas se han abierto en el Cairo en el transcurso de pocos años. Actualmente el Santísimo Sacramento está reservado en veintidós capillas y en otras tantas iglesias públicas, de las cuales trece pertenecen á los ritos orientales unidos. Jesús Sacramentado habita, pues, cuarenta y cuatro templos en la capital de Egipto, y noche y día está pidiendo por los infieles que no le conocen y por los pecadores que le ofenden. Admirable contrapeso en la balanza de la divina Justicia, airada contra los pecados que se cometen en esta ciudad, en donde reina la concupiscencia. En Alejandría pasan ya de treinta iglesias ó capillas donde está reservado el Santísimo Sacramento. Todos los pueblos de Egipto tienen actualmente su iglesia católica. ¿Es que ya llegó la primera aurora del día de que habla el profeta Isaías? (xix, 22). «En este día los egipcios conocerán á su Dios, y le honrarán con su culto y sus ofrendas.»

El Sudán egipcio, gracias al celo con que por la conversión del Africa central trabajan los Misioneros del Sagrado Corazón, de Verona, también tiene su parte en los progresos del Catolicismo en tierra egipcia. Pocos meses ha el Ilmo. Sr. Geyer, Vicario apostólico,

colocaba solemnemente la primera piedra de la catedral del Sudán en Kartum. «Esta catedral, decíame un noble y celoso misionero, será tan grande como la nueva iglesia de San José en el Cairo.» Y viendo mi asombro, añadió: «En este país *nuevo*, para muchas gentes la verdadera religión es la que tiene el más espacioso templo.»

Alentados por estos progresos materiales, suplicamos con las mismas palabras litúrgicas de la Misa del día de la dedicación: «¡Escuchad, Señor, la oración de vuestro pueblo! ¡Que la extensión de vuestra Santa Iglesia sobre la tierra le regale toda suerte de bienes espirituales!»

NOTICIAS VARIAS

París.

Recompensas otorgadas á dos misioneros.—El Ilmo. Sr. Augouard, vicario apostólico del Ubanghi, y el Rdo. P. Papinot, misionero en Tokio, acaban de obtener de la Sociedad de Geografía de París muy halagadoras recompensas. Con gusto traducimos la parte del informe referente á ellas.

«La obra del Ilmo. Sr. Augouard se compone de dos volúmenes y dos atlas. A pesar de su importancia, no nos ocuparemos aquí de los primeros, cuyo título es: *Veintiocho años en el Congo*, y comprende toda la correspondencia del ilustrísimo Sr. Augouard, durante su larga permanencia en el África occidental; por haber aparecido en 1905, no entran en las condiciones requeridas para el Premio, y aunque forman un capítulo muy precioso é interesante de nuestra historia colonial, no constituyen, propiamente hablando, un documento geográfico.

«No así las dos series de mapas: se refiere la primera á la navegación en el Ubanghi, y la segunda á la navegación en el Congo, entre Brazzaville y Liranga; ha colaborado á esta última el Rdo. P. Leray. El primer atlas comprende 40 mapas, y el segundo 25. Todos ellos están hechos con un fin práctico, porque, como dice muy bien el autor, la navegación por los grandes ríos africanos no se parece en nada á la navegación por mar. Los mejores mapas no bastan; es menester que la experiencia guíe al marino de agua dulce por entre los innumerables escollos que obstruyen el paso. Estos atlas resumen quince años de constantes observaciones: consignan numerosas indicaciones de gran utilidad para la navegación, y por lo detallado parece exactísima la topografía de los cauces: entre los detalles de interés merecen citarse los lugares de refugio, los á propósito para atracar ó para aprovisionarse, los rápidos, etc., etc.; los viajeros apreciarán el valor de tales indicaciones.

«Esta obra de iniciativa privada, para el uso general á que está destinada, tiene, pues, una influencia considerable en el desarrollo económico de nuestra colonia del Congo, y merece unánimes elogios.

«Estas consideraciones, y el deseo de recompensar una suma tan considerable de esfuerzos desinteresados y útiles á nuestra expansión colonial, han decidido á la Comisión de los Premios á designar al Ilmo. Sr. Augouard, como merecedor, en 1909, del Premio Pedro Félix Fournier.»

«El Rdo. P. E. Papinot, de la Sociedad de las Misiones Extranjeras, se ha propuesto dar, en un volumen publicado en el Japón, y bajo la práctica forma de diccionario alfabético, sucintos detalles de los principales nombres que se encuentran en la Historia y Geografía japonesas.

«Esta obra representa impropio trabajo y muchos años de investigación, y la Sociedad de Geografía se complace en atestiguar su mérito y su utilidad, concediendo á su autor la medalla del Premio Montherot, tanto más, cuanto que la literatura francesa en el Japón, si bien es fecunda en obras de carácter pintoresco ó político, parece que de algún tiempo á esta parte dejaba para escritores de las demás naciones cuanto se refiere á trabajos científicos y especialmente geográficos.

Inglaterra.

Sensible pérdida.—La Iglesia acaba de sufrir una pérdida considerable en la persona del marqués de Ripon, lord inglés fallecido últimamente á la edad de ochenta y un años.

Nacido en 24 de Octubre de 1827, lord Ripon entró en la diplomacia después de haber acabado sus estudios. Formó parte de varios ministerios, entre otros de uno de los presididos por Gladstone.

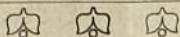
En 1870 fué elegido Gran Maestre de los francmasones de Inglaterra. Ocupaba este puesto cuando el Papa Pío IX publicó la célebre Bula condenando la Masonería. El Gran Maestre creyó deber suyo tomar contra el Sumo Pontífice la defensa de la Institución de que era jefe, y se preparó á refutar la Bula.

Los estudios á que se entregó le indujeron, por el contrario, á reconocer que el Papa tenía razón. No titubeó un solo instante. Abandonó la Francmasonería (el Príncipe de Gales, actualmente Rey Eduardo VII, le sucedió como Gran Maestre), y abjuró solemnemente el Protestantismo en la iglesia del Oratorio (1874).

La conversión del marqués de Ripon al Catolicismo fué casi tan ruidosa como la de Newmann, de la cual ha dicho lord Beaconsfield que dió una sacudida tal á la Iglesia anglicana, que la hace tambalear todavía. En testimonio de justicia á M. Gladstone, debemos decir que el cambio de religión del marqués de Ripon, no le impidió poner las relevantes dotes de talento del noble lord al servicio de su país. Le confió el puesto más elevado á que puede aspirar un inglés, el de Gobernador general de la India. Lord Ripon aportó al ejercicio de estas altas funciones el genio de un hombre de Estado y la caridad ardiente de un verdadero católico. Con ello se ganó la reputación de ser el Virrey más popular y más amado entre todos los que habían gobernado hasta entonces aquel vasto imperio.

Difícil sería indicar el valor de los servicios que el marqués de Ripon prestó á la Iglesia católica en Inglaterra. Distínguiose particularmente por su celo y competencia en pro de la causa de la educación. No había obra alguna á la que no cooperase con su dinero y con su talento.

Cuando en 1899 la muerte sorprendió á M. Jorge Blonnt, Presidente general de las Conferencias de San Vicente de Paúl, en Inglaterra, los miembros de la Sociedad, por voto unánime, le dieron por sucesor al marqués de Ripon, quien ha venido desempeñando estas funciones hasta su muerte.



IMPRESIONES DE VIAJE DE FRANCIA Á ABISINIA

POR EL RDO. P. JOSÉ BAETEMAN, LAZARISTA, MISIONERO EN ABISINIA

(Continuación)

AL día siguiente, muy de mañana, enalbardé el mulo, monté, y me puse en camino, precedido de algunos guías que sólo tenían blancos los dientes. Nos internamos en la selva virgen, majestuosa é imponente por su grandeza. Por la tarde, al cabo de diez horas de camino, estábamos rendidos, extenuados.

Al llegar á Ebo, lo primero que hice fué ir á saludar al sacerdote indígena, que de lo alto de su tejado me había visto llegar.

Después de un momento de descanso me dirigí á la iglesia. El sol empezaba á esconderse tras de las montañas, y como quería sacar fotografías de esta iglesia, de gran valor para nosotros, tuve que apresurar el paso. Los que me acompañaban, miraban y remiraban con curiosidad la cajita negra que «copia los objetos» y que, según los Musulmanes de Massauah, «roba las almas.»

Al ir á sacar la fotografía del sepulcro del ilustrísimo Sr. de Jacobis, era ya negra noche, pues habéis de saber que aquí no hay crepúsculo. Un cuarto de hora después de la puesta del sol reinan las tinieblas. Tuve que servirme, pues, de un cartucho de magnesio. Al relámpago estruendoso de la explosión, cuantos me rodeaban echaron á correr despavoridos, salvándose por la única puerta abierta.

Idéntica alarma cundió una noche que, por ser víspera de gran fiesta, disparé algunos cohetes desde el tejado de mi casa. ¡Aquello fué más que sorpresa! Comparábanme á un Lucifer, ni más ni menos. Pero, dejemos al diablo y volvamos á Ebo.

Viendo que de la explosión no les había llegado daño alguno, todos volvieron á acercarse, suplicándome les repitiese la curiosa experiencia.

¡Pobre iglesia de Ebo! ¡Los pájaros y los ratones parecen haberla tomado por asalto! Un modesto altarcito, de tan pequeñas dimensiones que á duras penas puede disponerse sobre él lo indispensable para el Santo Sacrificio, cuatro pajas esparcidas por el suelo, algunas estampas en colores, mal colgadas de las paredes, y nada más. ¡Ah, sí! En un rincón, á la izquierda del altar, la tumba del gran apóstol, del Venerable Justino de Jacobis.

Permitidme que os transcriba el relato de su muerte, tal como me lo ha contado un monje del país.

«El día siguiente al de la fiesta de San Vicente, Abouna Yacob (este era el nombre abisinio del ilustrísimo Sr. de Jacobis), apenas tuvo fuerzas para celebrar el Santo Sacrificio. Sus facciones estaban alteradas.

Mandó que le trajeran un cuadro del *Ecce Homo* que había en la iglesia, para que su contemplación le ayudara á meditar la Pasión del Salvador, y dijo al que le cuidaba:

—¿Quién podría fortalecerme y ayudarme á soportar con resignación los horribles dolores que torturan mi cuerpo, sino mi amado Señor?

Al quinto día de su enfermedad, de súbito el sol se

oscureció; por espacio de un *kikros* (24 minutos) el país quedó sumido en obscuras tinieblas; los hombres temblaban. No sé si en los demás países sucedió lo mismo. Después de la muerte de nuestro Padre, los Hermanos se preguntaban: «¿No podría ser que con aquella señal hubiese querido anunciar el Señor que presto llamaría á sí al que era para nosotros la luz de que habla el Evangelio y la estrella de la mañana que guía á las almas que quieren llegar al Belén de la Silla de Pedro?»

Sintiendo la proximidad de su muerte, nuestro Padre quemó todas sus cartas.

Abba Tekla Haimanot (1) le dijo:

—Padre, si pudieseis subir á la región del aire fresco, seguramente mejoraríais.

A lo que el Padre contestó:

—Para mí todo ha concluído. ¡Hágase la voluntad de Dios! Decid á los monjes y á los niños (alumnos de la escuela) que abandonen este clima mortífero.

Se dispusieron todos á partir.

Cuando fueron á anunciarle que partían, les dijo:

—Hijos míos, ¿por qué queréis abandonarme? ¿Acaso ya no me amáis?

Y dirigiéndose á *Tekla Haimanot*, añadió:

—¡Quiero ir con vosotros! Siento en la cabeza un fuego que me abrasa y que no me dejaría quedarme aquí hasta mañana.

El monje le contestó:

—Sí, Padre, V. vendrá con nosotros.

A la mañana siguiente, Abouna Yacob se encaminó á la iglesia para celebrar la santa Misa. La celebró, pero fatigándose lo indecible; más de una hora estuvo en el altar. Después de la Misa fué á saludar al cónsul de Francia, quien le alcanzó una escolta del Pacha.

El Padre le dijo á *Tekla Haimanot*:

—Hijo mío, desearía que te quedases aquí con el Padre Belmonte. Con él ó conmigo siempre estás con Dios.

El monje obedeció. A causa de sus pecados permitió Dios que no estuviese presente para recibir la suprema bendición de su Padre moribundo. Abouna Yacob partió. Era el domingo 29 de Julio de 1860, á las cuatro de la tarde.

Muchos de los monjes y alumnos que con él partieron estaban extenuados, por lo que les facilitó cinco camellos.

Por la noche el Padre logró conciliar el sueño unos momentos, pero luego repitió el ataque. Al día siguiente, reunidos todos, leyóles, como de costumbre, la meditación en alta voz. Al mediodía comieron tranquilamente, y á las tres de la tarde dió el Padre orden de seguir adelante. Los Hermanos abrían la marcha, seguían los treinta y cinco soldados del Pacha y, por último, el Padre, acompañado de un alumno y de *Abba Aragui*.

(1) Este *Abba Tekla Haimanot* es el autor de la *Vida del ilustrísimo Sr. de Jacobis*, de la cual entresacamos este relato.

La noche siguiente la pasó muy mal. A pesar del calor que hacía, el Padre tiritaba de frío, helado como el mármol. Le abrigaron con cuantas mantas había disponibles. Y él no cesaba de repetir: «¡Qué frío siento esta noche! ¿No lo sentís, hijos míos?»

Al alborar del día, que fué el de su muerte (31 de Julio de 1860), reanudóse la marcha. Hacía un calor irresistible. En las etapas no se encontraba sombra donde descansar, pues el sol había quemado hasta las hojas de los árboles. El Padre, separándose unos pasos de los que le acompañaban, se sentó al pie de un árbol que aún vivía á la derecha del camino, á algunos kilómetros de Massauah, y allí rezó el Rosario. Luego dijo á los que le rodeaban: «¡Sólo me quedan tres horas de vida!» Nadie creyó tan triste augurio.

Había dos monjes enfermos. Para librarles unas horas del sol se levantó un toldo. El Padre fué á verles, y luego se sentó en una silla que le prepararon. Al cabo de un rato vinieron á anunciarle que uno de los monjes estaba agonizando. Levantóse, dirigióse á donde estaba el enfermo, y le bendijo diciendo:

—¡En nombre de Jesucristo y por intercesión de la Santísima Virgen Madre nuestra y de San Vicente!

Rezó breve oración levantados los ojos al cielo, y luego puso las manos sobre el enfermo, diciendo:

—Esta enfermedad no le matará. Dadle un poco de vino.

Y al instante el monje abrió los ojos, como hombre que despierta, hallándose completamente curado.

Abouna Yacob se volvió á su puesto. Presentáronle un plato de arroz, al que añadieron unas gotas de vino;

tomó una cucharada. Luego llamó á un monje y se confesó. Después dijo:

—Ya sólo me quedan dos horas de vida. Como los antiguos Patriarcas, quiero despedirme también de mis hijos. Llamad primero á los sacerdotes.

Reunidos éstos á su alrededor, les habló en términos en extremo conmovedores.

Luego vinieron los niños, á quienes dió la bendición, y como viese que todos lloraban, les dijo:

—No lloréis; rogad por mí.

Y entre suspiros y sollozos se pusieron á rezar las letanías de la Virgen, que contestaba el Padre.

Terminado el rezo se le administró la sagrada Extremaunción, después de la cual tomó el crucifijo entre las manos, y se dejó caer sobre la arena, preguntando si habían transcurrido ya las dos horas de que había hablado. Respondiéronle afirmativamente.

Entonces añadió:

—Dios me llama; voy á El.

Cruzó los brazos sobre el pecho, volvió los ojos al cielo y quedó como dormido.

Cabriósele el rostro con un *netsela* (especie de toga). Al cabo de un rato un monje, levantando un poco este velo, creyó observar señales de muerte en el rostro del Padre, por lo que dijo á los sacerdotes:

—Hermanos míos, dadme la absolución.

De pronto el semblante del Padre adquirió una expresión beatífica, como si gozara dulce visión, y al momento, exhalando débil suspiro, entregó el alma al Señor.

Eran las tres de la tarde.

(Continuará).

SOBRE LA SANTA INFANCIA

(Conclusión)

SIN embargo, tampoco se deja que las pequeñas pasen todo el día jugando; se las entretiene algunos ratos en aprender los rezos, en hacer calceta, etc. Otras se dedican á estudiar los libros de doctrina, y todas rezan las tres partes del Rosario diariamente, practican los Meses y Novenas de los principales Santos, oyen la Santa Misa y frecuentan los Sacramentos, etc., etc., á fin de que se acostumbren á llevar el yugo del Señor.

Algunas al llegar á los diez ó doce años son solicitadas por familias cristianas y bien acomodadas, quienes dan una limosna de 20 ó 30 duros por cada una á la Santa Infancia.

Cuando las adopta una de estas familias, se las da en concepto de hijas, y cuando la adoptante es una *beata*, como hermanitas. En este segundo caso, si la niña opta por casarse, tiene que ser devuelta á la Santa Infancia, la cual se encargará de darle colocación. Si elige ser *beata* y permanecer al lado de su hermana adoptante, entonces ésta debe asegurarle el porvenir, no permitiéndose de ningún modo que permanezca en dicho estado la que carece de lo necesario para su sustento.

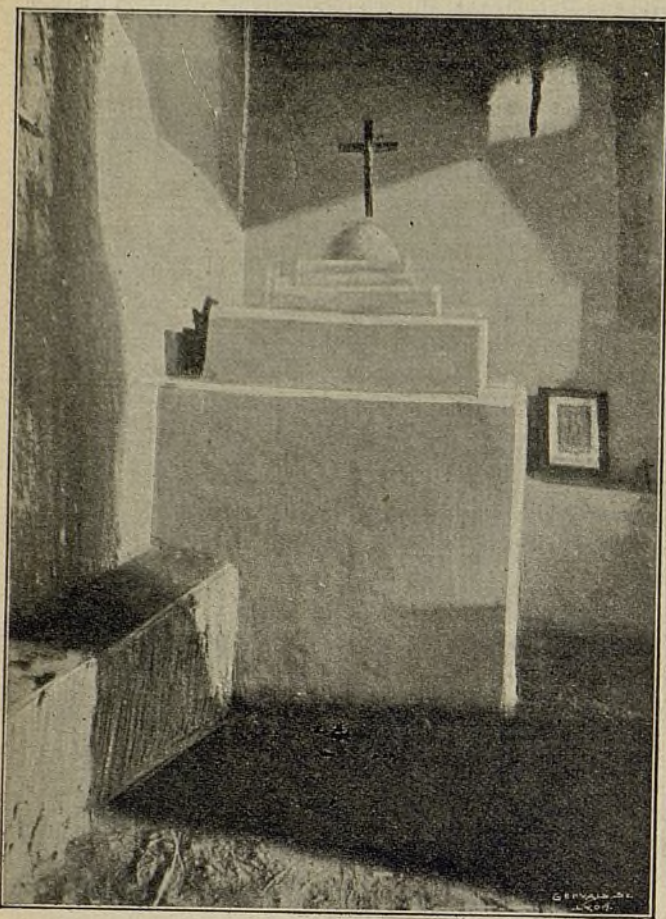
A la edad de 17 ó 18 años se las pregunta sobre la resolución tomada ó qué piensan tomar acerca de su estado.

En esto nos separamos por completo de la costumbre y ley chinas de que anteriormente hemos hablado, según las cuales los padres ó mayores lo hacen todo, y el interesado no tiene parte ni opinión más que á obedecer. Si contestan que optan por casarse, se las permite seguir libremente su voluntad, y se pasan esponsales; si desean imitar á Jesús, su amante Padre y Esposo, se las consiente y secunda el cumplimiento de sus deseos.

En ambos casos se las instruye sobre sus futuras obligaciones; á las primeras preparándolas con todas las virtudes y prendas que Dios Nuestro Señor y la sociedad piden á una mujer, y á las segundas haciéndolas comprender en especial lo estrecho del camino que conduce á las puertas de la gloria y la obligación y compromiso que se imponen de seguir las pisadas de Jesús y sus consejos de perfección. A estas, sin embargo, no se las admite definitivamente hasta que, confirmados con su buena conducta los propósitos de su alma, sean aprobados por el director espiritual.

¡Bendición especialísima del Señor! Las niñas de estas Santas Infancias se encuentran distribuidas por toda la Misión de Amoy, y ya sea como casadas, ya como *beatas*, prestan á la misma inestimables servicios. Las primeras santificándose como pueden y dando ejemplos

de virtud en medio de la corrupción del mundo; y las segundas, bajo la dirección de los Padres misioneros, haciendo de excelentes catequistas y enseñando de pa-



ABISINIA.—SEPULCRO DEL ILMO. SR. DE JACOBIS EN EBO.—Reproducción de fotografía del R. P. Baeteman. (Pág. 184)

labra y de obra el camino del cielo á sus paisanos gentiles.

El Ilmo. Sr. Esteban Sánchez de las Heras, de gratísimo recuerdo para esta Misión de Amoy, concibió y realizó una magnífica obra fundando la Asociación de Santa Rosa, institución que, continuada por el señor Clemente, está llamada á reportar imperecederos frutos.

Consiste ésta en cierto número de *beatas*, casi todas de la Santa Infancia, que con sus reglas especiales se preparan para la evangelización de sus paisanos, tan difíciles de convertir.

Todavía está en sus principios, como quien dice, y ya hemos palpado sus innumerables ventajas sobre las otras *beatas* hijas de cristianos, que, sin compromiso de ningún género, ayudan á los misioneros en sus tareas apostólicas. Aquéllas, como que tienen asegurada su subsistencia y su porvenir, no pierden de vista el fin de su vocación, y, dóciles y sumisas á la voz de su misionero, están dispuestas á los mayores sacrificios.

¡Lástima que la escasez de recursos no permita al señor Vicario apostólico dar á tan excelente obra el impulso deseado por todos! ¡Lástima también que el pequeño número de tan útiles operarias no permita satisfacer nuestros deseos de propaganda!

Es cosa muy triste para nuestro corazón de cristianos y españoles que estas Santas Infancias, españolas en todos conceptos, no sean suficientemente conocidas por nuestros paisanos, y en especial por las señoras de las Juntas de propaganda de España.

¡Quiera el Señor darlas á conocer y penetrar las necesidades de estas pobrecitas niñas! ¡Si ellas pudieran contemplar, aunque no fuera más que un solo día, las obras de estas Santas Infancias, ellas, que son tan piadosas y caritativas, seguramente que tendrían á gran dicha declararse protectoras de tan desvalidas é inocentes criaturas. Aquí tienen Religiosos y Religiosas españoles de alma y cuerpo, que, renunciando á las afecciones más gratas al corazón humano y dando un sempiterno adiós á todo lo terrenal, se consagran á la conversión de las almas y al rescate, crianza y educación de los angelitos que el Señor diariamente las depara. Lo que piden unos y otras á los que no pueden acompañarles en su heroica y angelical cruzada, es una oración por la conversión de los infieles y una limosnita por amor de Dios para sus carísimas niñas de la Santa Infancia.

Amoy (Chiang-duir), 30 Noviembre de 1908.

FR. JOSÉ V. BLASCO, O. P.

¡GRACIAS!—DESPUÉS DEL HAMBRE

POR EL R. P. D'HOOP, S. J.



El hambre ha muerto, repiten alegremente los indígenas. *Kira bon-ga kera*. Hace algunas semanas los ribazos que separan y escalonan los arrozales ni siquiera se distinguían, tan completamente los cubrían el arroz y las altas hierbas: aquello parecía un mar de verdura que ondulaba al beso de la brisa. Hoy los límites reaparecen: acá y acullá el arroz empieza á dorarse y la vasta llanura va tomando paulatinamente el aspecto de un inmenso tablero de damas verde y dorado.

Casas hay donde la familia entera, desde la anciana abuelita hasta la tierna niña de seis ó siete años—mientras los más pequeños duermen ó juegan en casa—se halla ocupada en las labores del campo, cogiendo con una mano las espigas y blandiendo con la otra la cortante hoz, que amontona la dorada mies.

Hoy todo es alegría bajo el dulce y apacible sol de otoño...

Pronto el recuerdo de los sufrimientos y privaciones del hambre desaparecerá de los volubles cerebros de estos pobres indígenas. Sólo el misionero guardará indeleble el triste recuerdo.

Siempre tendrá presente aquellos largos meses en que fuera testigo de tanta miseria. Recordará á sus

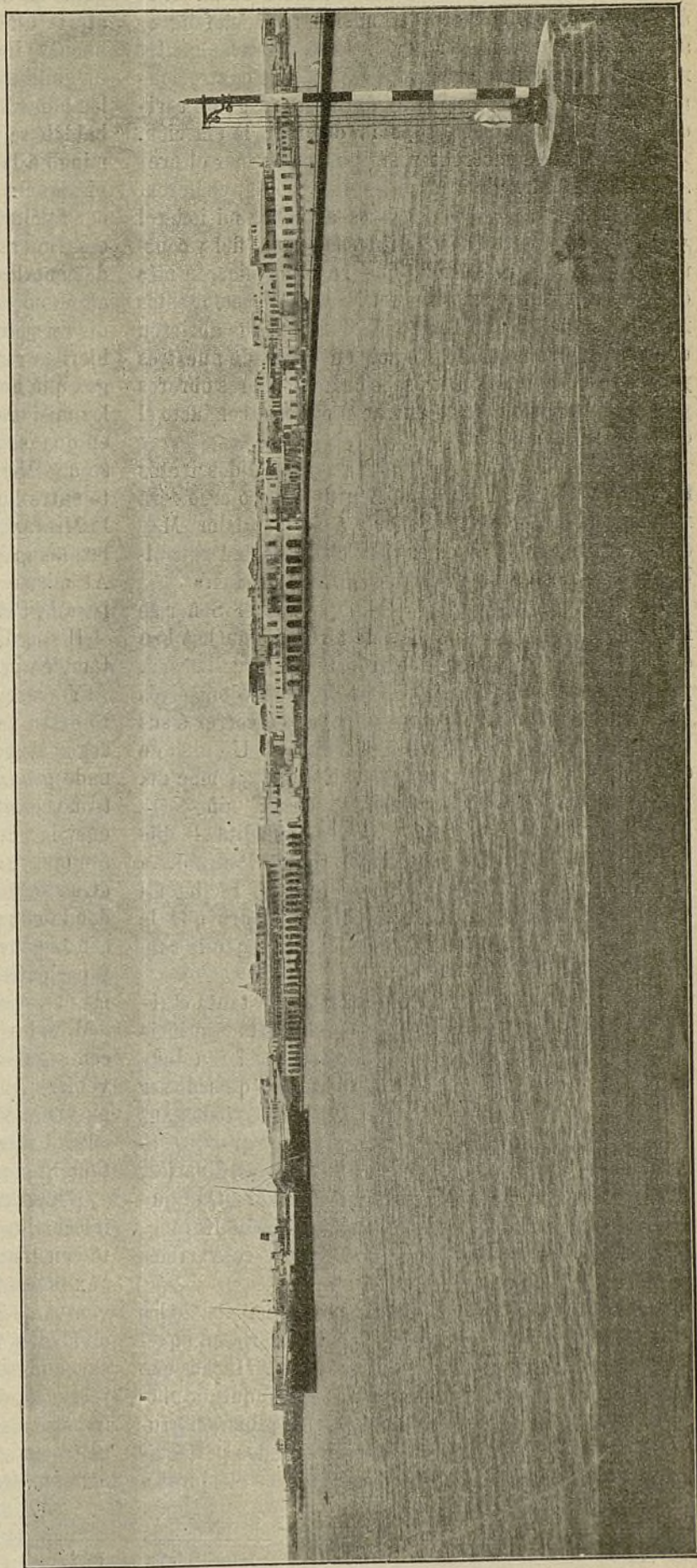
ovejas viniendo de lejanos pueblos á implorar su piedad. Oirá las súplicas de los padres en favor de sus ternos hijos, hambrientos, y que no podían acostumbrarse al miserable régimen á que estaban condenados los adultos. El aspecto de algunos ancianos, que vivían de limosna en tiempo normal, hoy verdaderos esqueletos vivientes, no se borrará jamás de su mente. Mucho tiempo recordará el misionero tan triste espectáculo, pero más, mucho más todavía, la caridad de sus amados bienhechores, que le ha permitido acudir en auxilio de esta tan grande y universal miseria.

Sería injusto si no rindiera homenaje de admiración al Gobierno inglés. Una vez más nos han asombrado la actividad y el talento de organización de estos funcionarios escogidos que al lado de su nombre ponen las iniciales I. C. S. (*Indian Civil Servant*). Este título sólo lo adquieren después de difíciles exámenes, en los cuales tienen que dar pruebas de conocimientos teóricos y prácticos, que únicamente pueden adquirir hombres de talento y caracteres enérgicos y constantes. ¡Qué valor y abnegación los de estos *gentlemen*, desafiando sol y lluvia y fatigando varios caballos en una jornada! Diariamente recorrían su inmenso distrito para cerciorarse de si sus empleados subalternos, indígenas la mayor parte, encargados de la dirección y remuneración de los trabajos y de la distribución de socorros, cumplían bien tan delicadas funciones.

Trabajos de desmonte; construcción de carreteras, diques y estanques; *relief works*; préstamos para la compra de semillas; socorros en metálico á los inválidos: tal ha sido la triple forma de la beneficencia oficial. Pero, hay que decirlo, el Gobierno no podía hacer frente á todas las necesidades. El indígena, naturalmente desconfiado, no solicita de muy buena gana las rupias del «Sarkar.» Bien es verdad que ciertas obras ocuparon en un día hasta mil quinientos obreros, entre hombres, mujeres y niños, pero lo distantes que estaban estas obras del domicilio de los obreros no permitían ocupar más gente. Tan débiles como estaban, veíase á hombres, mujeres y niños, con el azadón al hombro los primeros y el cesto á la cabeza las segundas y los terceros hacer, mañana y tarde, de tres á cuatro leguas de camino para ir á ganar unos míseros «pais.» Pero muchos vivían á larga distancia del *relief work*; ¿cómo pensar siquiera en tomar parte en tales obras?

Quedaba el recurso del misionero, el *mai-bap*, «padre y madre,» como dicen ellos, y á él acudieron para aumentarle sus ya pesadas cargas. Confiadamente imploró el auxilio de Europa, y no salieron frustradas sus esperanzas. ¡Ah! ¡qué emoción experi-

mentaba á la llegada de la correspondencia europea! ¡Cuán grande consuelo era para él, en aquellos días tan negros, el rayo de sol de estos estímulos y generosos socorros! ¿Se me permitirá citar un caso de la inagotable caridad de los católicos europeos? El Padre V...,



ABISINIA.—VISTA GENERAL DE MASSAUH.—Reproducción de una fotografía del P. Comini, de Asmara (Eritrea), enviada por el R. P. Baeteman. (Pág. 184)

natural de Bélgica, abandonó su país, joven aún, hace más de treinta años, y no ha mantenido con él más que escasas é interrumpidas relaciones.

Agobiado por las demandas de socorro que le dirigían sus pobres jhaspurianos, le ocurrió la idea de solicitar el auxilio del Párroco de su pueblo natal. Este digno pastor leyó la carta del misionero á sus feligreses, campesinos la mayor parte, y estas bravas gentes recogieron y enviaron al misionero más de cuatrocientos francos. Al referirme este hermoso rasgo de caridad, el Padre V... apenas podía dominar la emoción.

¡Cuántos otros sacerdotes, no obstante tener el presupuesto tan cargado con numerosas obras, cedieron, me consta, parte de sus ingresos al pobre misionero! ¿Cómo recompensar á estas piadosas almas, fiel y constante amparo de la Misión, que se multiplicaron más que nunca para procurarnos socorros? ¿Y cómo á estos intrépidos adalides de la Prensa católica, que abrieron una suscripción en su periódico en favor de nuestros pobres católicos? ¡Sólo Dios sabe cuántos pobres obreros y humildes sirvientas nos enviaron por este conducto el óbolo de los hambrientos!

«Tenía ahorrados, escribía una joven, doscientos francos para hacer un viaje á Lourdes; pero creo será más agradable á Nuestro Señor y á su Santísima Madre renuncie al viaje y os envíe dicha cantidad para librar del hambre á vuestras ovejas tan afligidas.»

De entre los bienhechores con quienes el Señor se ha mostrado pródigo en bienes de fortuna, muchos han querido aumentar y aún doblar este año su limosna. ¡Dios se lo pague! ¿Y qué diremos de estos compasivos niños que han vaciado las alcancías para socorrer á sus hambrientos hermanitos de lejanas tierras? Un niño de Gante hizo la Primera Comunión. En tan solemne día un pariente le regaló una moneda de oro. El niño corre lleno de júbilo á su abuela, y «esto, abuelita, le dijo mostrándole la moneda, es para mi tío, el Padre J...» Y el Padre J..., compañero mío de fatigas, recibió tal emoción al leer la carta de su buena madre que le participaba este hermoso rasgo de caridad, que le saltaban las lágrimas á los ojos.

¡Ah! ¿Cómo no conservar el recuerdo de tanta caridad, cómo no recordar cada día en el Santo Sacrificio los benditos nombres de tantos bienhechores? Sin duda en muchos casos el pobre misionero hubiera querido ser más generoso de lo que ha sido; á pesar de todos sus esfuerzos ha sido testigo de muchos y muy grandes sufrimientos. Pero, sin estos socorros extraordinarios, ¿qué hubiera sido de su querida cristiandad? ¿Qué hubiera sido de estos treinta mil jhaspurianos de Kurdeg, Majhatoli, Tongo y Noadih, recientemente convertidos á nuestra sacrosanta Religión?

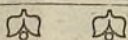
Jhaspur, estado independiente, no participaba de los socorros oficiales; ¡cuán grande era la miseria en aquel pueblo! ¿Y nuestros cristianos del Bauway? Muchos que nunca habían acudido al misionero, han franqueado ahora los umbrales de nuestras puertas. Llegaban en grupos, tímidos, embarazados, observando todos perfectamente el precepto del Evangelio: «Colocaos siempre en

el último lugar.» El Padre les alentaba, les hacía entrar en su aposento, y acababan por sentarse en semicírculo á su alrededor. El Padre hacía maniobrar entonces ante ellos un títere de cartón, que les alegraba y divertía mucho... el primer paso estaba dado. En el fondo de mi cajón encontré un día un imán, con el cual atraía alfileres, plumas de acero, medallitas... Estos buenos indígenas miraban primero embobados, pero luego la franca sonrisa que tienen siempre tan cerca de los labios iluminaba sus negros rostros. A continuación hablábase un poco del «dharam.» «¿Ya vais cada domingo á la capilla del pueblo?» La respuesta era siempre igual: «¿Y por qué no?» Pero no me dejaba convencer fácilmente, y en no pocos pude comprobar cuán necesario era refrescar en su memoria las verdades fundamentales de nuestra santa fe. Finalmente, recibían algún socorro: durante ocho ó quince días podrían añadir un poco de arroz á su pobre y debilitante comida de hierbas y raíces. Luego se alejaban alegres y más amigos que nunca al «dharam.» En cierta estación en que los misioneros organizaron á costa suya *relief works* en que ocupar á los necesitados de los alrededores, dióse una Misión á los trabajadores, que pasaban de ciento entre hombres y mujeres: por la mañana, después de la Misa, y por la noche, antes del Rosario, sermón sobre las grandes verdades, y esto durante quince días. Al mismo tiempo preparábamos veinticinco hombres para la Primera Comunión.

He aquí, pues, como estas generosas limosnas fueron también provechosas para las almas.

Y ahora, hay que decirlo, muchas bolsas de misionero están vacías. ¿Van á verse obligados todo el año á... coger al diablo por el rabo? En este país donde ha reinado por tanto tiempo, y en donde aspira á restaurar su trono, estamos muy poco pertrechados contra el eterno enemigo de la obra de Dios. Ciertos Padres destinados á nuevas estaciones tienen que construirse la iglesia; otros desearían contar con un colegio de Hermanas donde educar á las niñas, y otros muchos han visto, con la conversión del Jhaspur, aumentarse su rebaño, y por ende sus cargas, en enorme proporción. Una vez más se verán precisados á solicitar la inagotable caridad de los buenos católicos. ¿Lo harán en vano? No, con seguridad que no; ¿no responde el pasado del porvenir? ¡Ah! ¡Qué prodigios se han obrado, gracias á nuestros bienhechores, en este Chota Nagpore! Hoy cuenta más de cien mil cristianos y catecúmenos; ¿contaba ni siquiera cincuenta, veinticinco años atrás?

Estas numerosas estaciones, estas escuelas, estas iglesias, modestas pero decentes y espaciosas, de reciente construcción; el numeroso ejército de catequistas, auxiliares indispensables, que sostiene; los cinco conventos de Hermanas, en donde las niñas, tanto tiempo olvidadas, aprenden á ser buenas esposas, y sobre todo excelentes madres de familia; toda esta magnífica eflorescencia de vida cristiana en este país, no ha mucho imperio de las tinieblas; ¿todo esto, repito, no nos grita en voz muy alta: Confianza, confianza? *Deus providevit!*



AMERICA CENTRAL

RELACION DE VIAJE EN LOS RIOS PUTUMAYO, CARAPARANA Y CAQUETA Y ENTRE LAS TRIBUS GUITOTAS

POR EL P. FR. JACINTO MARIA DE QUITO, MISIONERO CAPUCHINO

(Continuación)

VERDAD que con el P. Santiago, una vez que nos separamos de nuestros compañeros de expedición, habíamos hecho un firme propósito de regresar á Mocoa por el río Caquetá; empero, cuando estuvimos en el puerto de *La Florida*, y topamos con no pocas dificultades, ora faltos de peones para que llevaran nuestros bultos, ora sin encontrar una persona de confianza que nos sirviera de guía en tan dilatado viaje, desconocido para nosotros, y otros obstáculos más, confieso que algo flaqueó nuestra primera resolución, y no era para menos. Sin embargo, el solo pensar que podíamos hacer mucho bien á los indios de aquellas montañas y los blancos que habitan el Caquetá, nos hizo arrostrar todas las contradicciones, y con el auxilio del cielo, llenamos nuestro deseo.

Como fueron tantas las peripecias de este viaje, y todas dignas de contarse, para que no sean ignoradas de los demás Misioneros, quiero tratarlas de un modo general en este capítulo, y con más distinción en los siguientes.

La vía, pues, ordinaria, que suele tomarse para salvar la distancia que hay del Caraparaná al Caquetá, es la trocha que comienza en *La Florida* y termina en Puerto Pizarro. Dicha travesía calculo que podrá tener en línea recta unas 35 leguas; pero, hoy por hoy, los buenos andadores emplean cuatro días, caminando cada día, por lo menos, unas once horas. Nosotros, andando á veces como desesperados, gastamos cinco días, sin contar las demoras para visitar las tribus indígenas.

Antes de comenzar esta difícil travesía conviene, ante todo, estar bien advertido y seguro de dos cosas principalmente; la una es que en el Caraparaná se debe hacer acopio de víveres y medicamentos para un mes, que es lo que ordinariamente se gasta hasta llegar á *Tresesquinas*, en donde se puede conseguir algo de lo uno y de lo otro, y la segunda, que se debe estar bien cierto de que se encontrará embarcación una vez que se llegue á Puerto Pizarro. Y en esto último no debe ser uno cándido en creer á los comerciantes que bajan por el Caquetá, porque sucede con frecuencia que las canoas dejadas en dicho río, ó son arrastradas por las avenidas del mismo, ó se inutilizan, todo por falta de una persona que cuide de ellas.

Quien no toma estas precauciones, experimentará increíble trabajo y hasta la misma muerte, que no es rara en estos lugares, sino muy frecuente, y la mayor de las veces por no preocuparse de lo dicho.

En verdad, nadie puede formarse una idea cabal de lo que son estos lugares, sino quien los ha recorrido. El desamparo hasta *Tresesquinas* no puede ser mayor, y aunque es cierto que en la montaña se encuentran algunas tribus de indios; esto muchas veces sólo sirve para acrecentar más los temores y exponerse á que le roben lo poco ó mucho que pudo conseguir para el via-

je. Todo esto y otras cosas más iremos viendo en los siguientes capítulos.

CAPÍTULO XIV. — Llegada á la tribu de los Yauyanes. Cacique Ifé. — Una historia muy curiosa sobre los «brujos». — Su oposición á que bautizáramos á los indios.

El 2 de Enero de 1906 dejamos el Caraparaná é hicimos la primera jornada á la tribu de los indios Yauyanes. Desde este primer día ya comenzamos á experimentar contratiempos, pues algunos de nuestros cargueros güitotos se huyeron al tiempo de emprender la marcha; y por este motivo tuve que dejar en *La Florida* á nuestro compañero Pedro María Millán, para que guardara la pequeña carga, entretanto que le mandábamos peones luego de llegar á la referida tribu.

Los Yauyanes viven en cuatro grandes casas, edificadas de tal manera que dejan en el centro una bonita plazuela; lo cual no se observa en las otras tribus güitotas que visitamos.

El Cacique de estos indios se llama Ifé; es muy querido de los blancos y les sabe corresponder, cualidad no ordinaria entre esta gente. Del afecto que tiene á los blancos y de su natural viveza, le proviene un loco deseo de que alguno de sus hijos aprenda á leer y escribir; mas como los habidos en la primera mujer se le murieron siendo aún pequeños, ha cometido el desacierto de casarse con tres más, viviendo todavía la primera; y esto sólo por ver si así puede mandar un hijo, como él dice, al Tolima.

Ifé, no obstante de ser raro en esto y en otras cosas, es un indio de dotes especiales para el gobierno; y los caciques de otras tribus suelen aconsejarse de él para los negocios de alguna importancia; y su parecer casi siempre es acatado por los demás, si no por la estimación que le profesan, sí por el temor de disgustarlo, pues cuando Ifé se propone, sabe hacerse obedecer.

La energía de este indio quedará comprobada con la siguiente historia de unos *brujos* que se opusieron á que bautizáramos los niños de la tribu en referencia, y por cuya oposición Ifé los castigó de una manera bestial. El hecho fué como sigue:

Serían las cinco y media de la tarde, hora convenida con el cacique para administrar el Bautismo; y luego de haber dispuesto lo necesario para las sagradas ceremonias, me dirigí á la plazoleta que formaban las cuatro casas. Allí empecé á llamar á todos los indios é indias para que salieran con sus niños; pero no pasó como yo lo esperaba, pues, sin embargo de estar llenas de gente las casas, nadie quiso salir, á no ser unos viejos mal encarados que se asomaron á las puertas, y de cuya actitud, maneras y modo de hablar, conjeturé el odio que nos tenían. Pregunté á mi intérprete lo que decían aquellos salvajes, y pronto fuí enterado de cómo eran los *brujos* de esa tribu, y que se oponían á que las madres sacaran sus hijos, poniendo al mismo tiempo mu-

cho miedo y asegurando que si dejaban lavar la cabeza (bautizar) á los niños, se morirían irremediabilmente. Una mentira tal en esa gente ignorante, y la influencia, por otra parte, que tienen los *brujos* en todas esas tribus, fueron motivos poderosísimos para ser nosotros desobedecidos.

Viéndonos así despreciados, mandé llamar á nuestro amigo Ifé, y al momento le expuse lo ocurrido, pues sabía yo muy bien que no opinaba como los *brujos*, porque á los pocos momentos de nuestra llegada él mismo, sin ninguna insinuación nuestra, nos presentó dos indiecitos, hijos suyos, para que los cristianáramos. ¡Cosa rara! Según le íbamos contando lo que ocurría y las amenazas de los *brujos*, Ifé iba mudando el semblante, los ojos le bailaban en sus órbitas, y pronto se puso furioso como una fiera. A esto siguió el coger un látigo, y como fuera de sí entraba y salía con la velocidad del rayo de una casa á otra y flagelaba á cuantos encontraba. Los *brujos*, viendo en tal actitud á Ifé, trataron de huir para evitar el azote; pero saltó hacia ellos como una hiena, y, estando como estaban completamente desnudos, recibieron una lluvia de latigazos que quedaron confundidos y temblando de miedo. Todo esto fué obra de pocos minutos, y á poco estuvieron en la plazuela las indias con todos los niños de pechos para que los bautizáramos.

Comenzamos la ceremonia: los *brujos* se alejaron de los demás y se fueron al monte. El P. Santiago y yo estábamos esperando por momentos otra novedad, quizá peor de la ocurrida; empero no pasó contratiempo alguno, y pudimos bautizar en aquella tribu más de cincuenta párvulos.

Ahora vais á ver una escena no menos curiosa que la anterior.

A eso de las nueve de la noche se le antojó á Ifé pedir explicaciones á los *brujos* del por qué no querer el Bautismo para los indios. Para esto hizo tocar recios golpes en el *maguaré*, y ordenó que también dieran la señal para que salieran los *brujos*, que aún estaban escondidos en el monte.

Cuando todos estuvieron reunidos, empezó el cacique un solemne interrogatorio; pero los *brujos*, haciéndose los desentendidos, no abrían los labios, y por algún tiempo se mantuvieron como mudos. Ifé, al ver que no le hacían caso, comenzó otra vez á ponerse colérico como lo había hecho antes, pero ya no se encontró con la sumisión de entonces, sino que los dichos *brujos* se pusieron muy altivos, y con no menor cólera respondían á las preguntas de su adversario. En estos momentos terciamos con el P. Santiago y unos dos intérpretes más, y oímos algunas valentonadas en contra del poder de Dios y del sacerdote, tales como las siguientes: «¿Acaso vosotros, les decía Ifé, tenéis mayor conocimiento y poder que estos Jusiñamuyes (dioses), señalándonos á nosotros, que dicen cómo el Bautismo no

mata, sino que lleva al cielo?» Y los viejos, unánimes, dijeron: «Sí, sí; podemos y sabemos más que éstos.» En seguida tomó la palabra uno de nuestros intérpretes, y les repuso que ellos eran unos ignorantes y debían obedecer la voz del sacerdote, por ser enviado de Dios. Entonces los *brujos*, sin querer confesar su inferioridad, añadieron: «Estos Jusiñamuyes no pueden lo que nosotros podemos: nosotros, cuando nos da la gana, hacemos llover, hacemos caer fuego del cielo, y si queremos que caigan rayos, los rayos caerán en esta misma hora.»

Para mí, que veía el acaloramiento de los contendientes, y que por otra parte no podía seguir el hilo de la cosa por ignorar el dialecto, era ese cuadro bastante enigmático, no menos que interesante. Para satisfacer, pues, mi curiosidad, hice interrumpir la disputa y pregunté ligeramente al intérprete lo que pasaba: me lo dijo, y al punto ordené que mandara á los *brujos* realizar lo de los rayos, fuego y demás. Confieso, que en ese momento me dispuse para ver alguna cosa admirable; pero los viejos se contentaron con decir á nuestro intermediario que yo no tenía ningún derecho para mandarlos, y que harían esas cosas cuando les diera la gana.

Después de esto tomó otra vez la palabra Ifé, y los *brujos* no querían ceder en nada.

Viendo nosotros que se aumentaba el alboroto y las pasiones se iban encendiendo más y más, resolvimos apartarnos, ya para dar á nuestro cuerpo el indispensable reposo, pues eran casi las diez de la noche, ya también para evitar cualquier falta de respeto hacia nosotros.

Al día siguiente preguntamos en qué había terminado la asamblea; y parece que unos y otros se cansaron de hablar, y luego siguieron nuestro ejemplo, de irse á dormir.

(Continuará).

LIMOSNAS

PARA COADYUVAR Á LA SANTA OBRA DE LA
PROPAGACIÓN DE LA FE

Para la Turquía Asiática, Siria, Hospicio de Tierra Santa. (Padre Sabatino de Gaizo—Lataquía)

Elgoibar.—D. Pedro J. Alcorta. 1 Ptas.
» Un labrador. 3 »

Para las Misiones más necesitadas

Barcelona.—J. S. 5 ptas.



LA EXPIACION DE UN PADRE

(DIARIO DE UNA ESPOSA MODELO)

TRADUCIDA
DE LA 2.^a EDICIÓN FRANCESA

POR

M. C. G.

(Continuación)

22 Mayo.

Mañana los alumnos católicos del Instituto neutro se acercan por vez primera á la Sagrada Mesa. Confiadamente espero que la primera Comunión de mi hijo no será sacrílega, que su confesión ha sido sincera y sincero su arrepentimiento: sin embargo, no le veo fervoroso como deseara, ni manifiesta aquel respetuoso temor, aquellos deseos ardientes que tan feliz me hacían cuando la primera Comunión de mi Magdalena. Quisiera consolarme de esta diferencia recordando que mi hija es más sensible, más impresionable de lo que suele ser un joven: ¡pero mi Luis de antes, amaba tanto al Dios de nuestros altares! A nueve años, antes de separarse de mí lado, ya con frecuencia me hablaba de su primera Comunión, y hacía *actos* preparatorios para día tan grande.

Mi hermana, durante las últimas vacaciones me explicó repetidas veces cuán edificante fué la de su hijo y los cuidados solícitos de que los Padres rodeaban á los dichos niños que por vez primera debían recibir á Jesús Sacramentado.

Hoy, después de cenar, Luis nos ha pedido perdón: estaba emocionado y he sorprendido lágrimas en sus ojos. Su corazón es bueno. ¡Concededme, Señor, que no logren corromperlo! Vengo de su dormitorio. Descansa apacible. Su Ángel de la Guarda vela con amor sobre el lecho, porque mañana el alma de mi hijo será casa de Dios. ¡Día grande para nosotros el que pronto va á empezar! ¡Oh María, Madre mía! acompaña! Tú á mi Luis á la sagrada Mesa, preséntalo á tu Divino Hijo y ruégale que su gracia supla cuanto acaso le falte para la debida preparación. ¡Que Jesús al descender en esta alma por El redimida, quiera ser su único Señor y dueño, y la guarde siempre de todo mal!

Lunes, 24 de Mayo.

Ayer fué día fecundo en emociones. A primera hora de la mañana Carlos y yo acompañamos á Luis al Instituto; luego fuimos al Sagrado Corazón á buscar á Magdalena para que concurriera á la fiesta. Cuando mi hija comulgó por vez primera, mi marido nos acompañó al sagrado banquete. Ni dudar se me había ocurrido de que haría por su hijo lo mismo que por su hija. Pero antes de entrar al Sagrado Corazón me ha sorprendido diciéndome que no comulgaría.

Le miré asombrada, creí haber entendido mal.

—No, me dijo contestando á mi muda interrogación: he presenciado en el Instituto otras primeras Comuniones; es costumbre que las madres acompañen á sus hijos, pero no que los padres comulguen.

—Pues se privan voluntariamente de un gran consuelo, y es lástima sacrificarlo por una costumbre que no es ley, le contesté.

—Me uniré muy de corazón á la augusta ceremonia, pero no quiero singularizarme. Hacer lo contrario de los demás padres, sería criticar su proceder.

¡Ah, y cuán pobres razones las que alega mi esposo! creía relegado á otros tiempos el respeto humano, y jamás había visto á Carlos rendirse á sus ridículas imposiciones; hoy, sin embargo, es evidente que no ha comulgado porque *no se atreve*.

Durante la Misa estaba triste, muy triste. Desde mi silla veía á mi hijo. Le veía recogido, pero friamente recogido. Después de la ceremonia, en el locutorio, ha hablado con nosotros, y ni en sus ojos logré descubrir la menor emoción. Además, esta frialdad, esta indiferencia se siente en tal grado por todo el Instituto, que me ha causado profunda tristeza. Por la mañana ofició el Prelado diocesano, quien por la tarde confirmó á los primeros comulgantes dirigiéndoles cuatro buenas palabras. Del ornato del altar hay que reconocer que era espléndido y buena la música; á pesar de esto se sentía la ausencia de algo: la disciplina presidía oficialmente todos los actos, y la fiesta no era lo que debe ser: una fiesta de familia. Los alumnos de los cursos superiores comparten lo menos posible la alegría de sus condiscípulos. Ni uno sólo ha acompañado al celestial banquete á los primeros comulgantes. Algunas madres han seguido á sus hijos y nada más. El acto ha terminado friamente.

Y durante esta ceremonia glacial no podía alejar de mi mente el recuerdo de la fiesta de la primera Comunión en la iglesia de los Padres de la Compañía, donde Máximo hizo la suya el año último, y donde quedé edificada, enamorada de la piedad de aquellos niños. Recordaba y comparaba. En la capilla de los Padres sentíase la verdadera piedad cristiana, en aquella juventud adivinábase superabundancia de vida cristiana, paz y alegría celestiales. Allí los padres, lejos de avergonzarse, se enorgullecían de acompañar á sus hijos á la sagrada Mesa. Después de las largas filas de alumnos que comulgaron, fueron no pocos los fieles que se acercaron á recibir á Jesús Sacramentado, uniéndose así santamente á los primeros comulgantes.

Dijérase que, como los fieles de la primitiva Iglesia, aquella multitud tenía un solo corazón y un alma sola. Comparar y deplorar, ¿era posible otra cosa?

19 Junio.

Casualmente me he enterado hoy de la muerte de Marta de M... y de cuán tristes fueron los últimos años

de su vida. Muerta su madre, volvió á unirse con su esposo. Fijaron su residencia en París, y viviendo la vida del gran mundo, derrocharon en pocos años sus pingües rentas y cuantioso capital. Un día la ruina llamó á las puertas del palacio de Marta, y con ella las más frecuentes disensiones entre marido y mujer. Acabaron por separarse de nuevo, y Marta se refugió en Inglaterra, donde murió hace un mes en el más absoluto abandono, y en una situación rayana en miseria. Su marido está empleado en las oficinas de un Banco parisién. Total dos seres desgraciados y una fortuna derrochada, por complacer gustos frívolos y por sus costumbres desordenadas.

25 Junio.

Estoy cansada y sufro. Si no luchara contra mí, acabarían por vencerme la nostalgia y la más negra tristeza; pero en mi memoria viven frescos, como si acabaran de salir de tus labios, tus santos consejos, madre mía: ya sé que exceptuando el caso de verdadera enfermedad, nosotras, las mujeres cristianas, debemos esforzarnos en disimular nuestro malhumor, contrariedades y aun ligeras indisposiciones á cuantos nos rodean, en especial á nuestro esposo. Las quejas, los gemidos, las lágrimas desagradan. Empeñada en combatir esta insana disposición de ánimo, he hojeado la *Femme pieuse*, del ilustrísimo Sr. Landriot, empeñada en dar con unas páginas que me impresionaron profundamente cuando leí por primera vez este libro precioso. Las encontré y las transcribo en este mi cuaderno de notas para poder releerlas con mayor facilidad. Comprendo, y por propia experiencia, que es deber nuestro y muy principal, hacer la piedad amable.

«Afirma San Francisco de Sales que las personas piadosas pueden hacer mucho bien y mucho mal: mucho bien, si su piedad es verdadera y subyuga con la luz del buen ejemplo; mucho mal, si es falsa, ridícula, ignorante; y aplica luego esta máxima á las relaciones exteriores. Los hombres mundanos, á fuer de criaturas racionales y de cristianos á lo menos bautizados, tienen un podíamos llamarlo instinto que les hace adivinar lo que debe ser la piedad verdadera. Dijérase que saben y comprenden el verdadero sentido de estas palabras de nuestros Libros santos: «La sabiduría es amable y se muestra siempre con rostro sonriente.» Comprenden á lo menos, por cierto presentimiento intelectual, que esto que es divino es bueno, apacible, sereno, bienhechor. En cambio, al ver caras habitualmente sombrías, tristes, compungidas, melancólicas, experimentan viva repulsión, se alejan de ellas, culpan á la devoción y la desprecian.

«Los cristianos deben representar la imagen de Aquel de quien Nuestro Señor ha dicho: «Sed perfectos como mi Padre celestial es perfecto.» Desgraciadamente la copia está muchas veces tan poco en relación con el original, que aun en personas de excelente voluntad resulta difícil encontrar rasgos de semejanza.

«Conservad, añade el gran Obispo de Génova, un espíritu de santa alegría, que informando modestamente todas vuestras acciones y palabras, sirva de grato consuelo á las gentes de bien, para que viéndoos glorifiquen á Dios.»

7 Julio 1870.

Se habla de guerra. ¡Cuán inquieta estará mi pobre hermana! Su primogénito cursa el segundo año en *Saint-Cyr*. Afortunadamente Luis sólo cuenta trece años y no debo temer por él. También Eugenia y Clotilde están tristes. Sus dos hermanos correrán igual suerte que Luis. ¡Días tristes y negras perspectivas las que nos amenazan! Y á estas penas é inquietudes se sumarán las que siempre causa el éxito incierto de los combates. Confiadamente espero que mi patria saldrá vencedora, pero ¿á costa de qué sacrificios? Todo está en manos de Dios, que es el Señor de los ejércitos.

16 Julio.

Ya está declarada la guerra. Acabo de recibir una carta de María, generosa pero tristísima. Su hijo le ha escrito, procurando consolarla, una carta que respira todo el entusiasmo de sus diecinueve años. Es un valiente militar. Cuando las últimas vacaciones, le apenaba la idea de que quizás viviríamos largos años de no interrumpida paz. «Ir de ciudad en ciudad, escribía, de guarnición en guarnición, ¿no es triste perspectiva? Si al menos surgiera una guerra que nos brindara ocasión de ser valientes.»

Ya tenemos la guerra. ¡Que Dios le proteja y lo devuelva á su madre! María me dice que Marcelo desearía contar dos años más para poder alistarse y combatir al lado de su hermano.

Hoy he debido consolar á mis jóvenes amigas. Sus hermanos han venido á pasar unas horas entre nosotros para despedirse. Enrique, que estudia el último año de la Escuela politécnica, sale también á operaciones. Eugenia es más valiente que Clotilde. Se esforzaba para consolar á su hermana, pero á lo mejor le escapaban las lágrimas. Comprendo su tristeza, pues la muerte de su excelente madre estrechó más y más los vínculos que unen estos hermanos modelos.

20 Julio.

¡La guerra! horrible cosa... No sé pensar en ella sin temblar. ¿Puede inventarse algo más bárbaro que estos combates en que se mata á largas distancias sin ni verse? Se diezman las filas... Muy otros eran los combates de antiguos tiempos. Aquellas luchas cuerpo á cuerpo dejaban ancho campo á la destreza, á la intrepidez y al valor... Hoy vencen los mejores cañones, los fusiles de más alcance. ¿Serán los de los prusianos mejores que los nuestros? Esperemos que no, ¡oh Dios mío!

30 Julio.

Hoy han salido para la guerra el Emperador y el príncipe imperial. El triunfo parece indudable. Dicese que se trata de un paseo militar. Acabo de leer la entrada del Emperador á Metz. Fué un día de fiesta espléndida.

4 Agosto.

Nuestro ejército ha logrado la primera victoria. Afirman que la toma de Saarbruch ha costado pocas vidas, y que este primer triunfo es muy importante. Demos gracias al Señor que ha combatido con nosotros.

(Continuará).

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona